

**HUXLEY, A.**

*Moksha*

Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1983

Fernando Lolas Stepke<sup>1</sup>

En 1980, la editorial inglesa Chatto & Windus publicó esta recopilación de textos de Aldous Huxley compilados por Michael Horowitz y Cynthia Palmer, con prólogos de Albert Hofman (descubridor del LSD) y Alexander Shulgin.

Esta versión española merece análisis por su relevancia y vigencia. Aldous Huxley propugnó durante gran parte de su vida el uso de sustancias químicas para “abrir las puertas de la percepción”, profundizar el autoconocimiento y, eventualmente, mejorar la vida social.

Ya en su clásico *Brave New World* de 1932, una distopía futurista, mencionaba la droga “soma”, una construcción imaginaria que conjugaba muchas de las propiedades deseables en un compuesto psicotrópico de uso social amplio. El nombre era tomado de una sustancia usada con fines rituales en India, pero no era precisamente esa sustancia, sino un potente fármaco que permitía a los usuarios de aquel mundo feliz tomar vacaciones, gozar de plenitud y aumentar sus capacidades.

Algunos años después, recapitulando lo positivo y lo negativo de su utopía, advertía Huxley sobre los riesgos de cualquier pócima que, en manos de autoridades inescrupulosas, pudiera someter a las poblaciones. Planteaba por lo tanto la dimensión ética del consumo de sustancias, tanto en el plano individual como el social.

La palabra “Moksha”, tomada del sánscrito, equivale a “liberación” o “ingreso en el nirvana”, y alude a otra sustancia, mencionada en la novela *La Isla*. De nuevo se destacan las propiedades benéficas de una sustancia que ayudaría a vivir mejor, esta vez a través de la liberación nirvánica.

La película del año 2002, “Equilibrium”, escrita y dirigida por Kurt Wimmer, retoma este argumento. En un lugar llamado Libria, los habitantes son conminados a usar “Prozium” (el nombre parece evocar a Prozac y Valium), sustancia que elimina las sensaciones estéticas y las emociones. Con ello se persigue extirpar aquellos afectos negativos que engendran violencia y guerras, uniformar a la población en una medianía afectiva, que condena severamente la experiencia emocional o los goces estéticos. Recordando “Fahrenheit 451”, de Ray Bradbury, escuadrones especiales destruyen libros, además de pinturas y música, todo bajo la supervisión del Padre, que rige a través de un consejo superior, en forma despótica. Los “infractores sensoriales” son condenados a muerte, pese a lo cual se levanta una resistencia que desea preservar los valores estéticos tradicionales.

Aldous Huxley experimentó personalmente con drogas psicodélicas, mescalina, psilocibina y LSD. Escribió libros sobre sus experiencias (*The doors of perception*, *Heaven and Hell*), disertó en congresos de psiquiatría y se vinculó al grupo en torno a Timothy Leary, pionero del empleo de sustancias psicoactivas con fines recreacionales y de autoconocimiento. Trabajó contacto con el Dr Hofman, descubridor del LSD, y no cesó de escribir artículos y dar conferencias sobre la relevancia social del empleo de

<sup>1</sup> Profesor Titular y director del Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética, Universidad de Chile. Investigador, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9684-2725>

**Correspondencia:** [flolas@uchile.cl](mailto:flolas@uchile.cl)

drogas. En su época ya empezaba a plantearse el problema de la licitud y la ilegalidad del empleo de fármacos y alteradores de conciencia, lo que luego se conocería como la “*war on drugs*” de sucesivos gobiernos de Estados Unidos.

La estructuración farmacológica de las relaciones sociales y del estado de salud puede agregarse a lo que la medicina medieval conoció como las “*sex res non naturales*”, aquellas cosas y condiciones que dependen, para uso correcto, de la voluntad humana. Tales, por ejemplo, la comida y la bebida, la vigilia y el sueño e, interesantemente, los “afectos del ánimo” (suponiendo que estos fueran dominables). Se hacía así la disciplina de la “dietética”, el arte de vivir saludable (no reducible a la “dieta alimenticia”), que ahora podría complementarse con una dietética farmacológica.

Las dimensiones éticas, en tanto prescripciones que prohíben o permiten el uso de estas sustancias, son numerosas. Por de pronto, la voluntad individual de consumirlas para obtener alivio de inquietudes o con fines lúdicos. Recuérdese al famoso Thomas de Quincey quien, en sus *Confessions of an English opium eater*, relata su afición por el láudano. Tomado al comienzo como simple ayuda para controlar el dolor, fue pronto una panacea para las desdichas y la fuente de goces que le hacían sentirse parte de la humanidad festiva. Dice incluso que prefería los sábados para sus “festines”, porque ese día la gente en todas partes se divierte y así sentía una comunión con las gentes alegres.

La industria farmacéutica pronto diseñó sustancias para mitigar la angustia, mejorar el ánimo y aliviar síntomas anómalos. El meprobamato, quizá el primero de los tranquilizantes menores, fue elogiado por Huxley por ir en la dirección correcta al aliviar la ansiedad. La década de los cincuenta del siglo XX vio nacer la clorpromacina y otros antipsicóticos que contribuyeron a la deshospitalización de trastornos psiquiátricos graves.

Los defensores y detractores del empleo de sustancias utilizan argumentos de universal acceso. Los riesgos de la tolerancia y la dependencia, la formación de cadenas de suministro controladas criminalmente, la potencial alteración de las relaciones humanas se contraponen a la iluminación interior, a los goces personales, a la posibilidad de una vida más humana.

Todas estas argumentaciones, que rozan los límites del Derecho y la ética social, sean aquí solo mencionadas. El énfasis de Huxley y de otras distopías es el control social mediante sustancias psicotrópicas. Forma distinta de ejercer poder y autoridad que la lograda mediante métodos masivos de condicionamiento, o apelaciones a poderes inconscientes mediante simbologías que la propaganda puede explotar. Tal es el argumento, por ejemplo, de B. F. Skinner en *Walden Two* y la vieja aspiración de los conductistas metafísicos (Watson), quienes pensaban que un adecuado manejo de los reforzamientos brindaría magníficas formas de control social y acceso a las satisfacciones vitales. Lo reitera Skinner en su autobiografía *A matter of consequences*.

Debe mencionarse, además, la posibilidad de sustancias nootrópicas que aumenten la atención, la concentración, reduzcan la necesidad de sueño y, en general, mejoren rendimientos conductuales. Nadie asegura que tales efectos mejoren a las personas o las hagan más felices, pero si el poder político controlara las sustancias podría dispensarlas a sus seguidores o a quienes tuvieran capacidad económica para adquirirlas.

Las sociedades posthumanas, estructuradas por las tecnologías y sus ideologías sociotécnicas, no solamente se caracterizarán por las máquinas y artilugios. También por la tecnología “comprimida” en pastillas y sustancias químicas, hoy día indisociables de la vida moderna.